

de los teólogos de su tiempo, que encontraron en su discurso intuiciones atrayentes sobre algunos aspectos de la fe cristiana (el cristocentrismo o la historicidad de la salvación, por ejemplo). Sin embargo, es innegable que bajo una apariencia de familiaridad o de simpatía con la fe cristiana, el axioma inmanentista que inspira la entera filosofía de Schelling acaba por engendrar consideraciones aberrantes de los dogmas cristianos, especialmente —como pondría de relieve el Concilio Vaticano I— acerca de la trascendencia de Dios.

J. M. Odero

Friedrich D. E. SCHLEIERMACHER, *Sobre la religión*, Tecnos, Madrid 1990, XCIX + 202 pp., 11,5 x 8.

Es ésta, sin duda, la obra más conocida del famoso teólogo alemán, inspirador de la corriente de pensamiento que se ha denominado «protestantismo liberal».

Los cinco discursos que integran la obra están dirigidos a los «menospreciados cultivados» de la religión; trata de ser, consecuentemente, una apología de la religiosidad, en primer lugar, y del cristianismo, en cuanto encarna de modo más adecuado las esencias religiosas a las que el hombre aspira.

La esencia de la religión se halla, para este Autor, no en la fe en Dios, sino en una viva intuición del Universo, como lo infinito a que está enfrentada nuestra finitud; religión es también el conjunto de sentimientos que dicha intuición provoca y despierta en el espíritu humano.

Con estos presupuestos, no es extraño que Schleiermacher considere como un hecho necesario el pluralismo religioso. La fe cristiana se habría limitado a aportar a la historia religiosa de la hu-

manidad la idea —ciertamente importante— de la necesidad de una mediación entre el hombre y lo divino infinito.

El texto de Schleiermacher está precedido de un estudio histórico realizado por A. Ginzo, profesor de filosofía en la Universidad de Alcalá de Henares

J. M. Odero

T. HOWARD, *C. S. Lewis: man of Letters*, Ignatius Press, Wheaton (Illinois) 1987.

Este libro escrito por Thomas Howard, profesor de literatura inglesa del Gordon College, no es una introducción a las obras de Lewis sino más bien una guía para los que ya están familiarizados con este autor. Estudia las «Crónicas de Narnia», los libros que forman la «Trilogía de Ransom»: *Out of the Silent Planet*, *Perelandra* y *That Hideous Strength*, y por último su gran novela *Till We Have Faces*. Su estilo es claro y ágil de forma que es un libro profundo y, a la vez, muy ameno.

A Lewis siempre le pareció que la tarea que podía realizar como cristiano era hablar del Evangelio de una forma sencilla, contando su propia experiencia y utilizando los conocimientos que tenía como profesor de lengua y literatura inglesa. Escribió ensayos teológicos, artículos, pero pensaba que tal vez el primer paso hacia la fe para muchos hombres era «familiarizarse con ciertas ideas», y este fue uno de los fines de sus obras de ficción.

Intentó despertar la imaginación del hombre moderno, que estaba paralizada, a «antiguas y eternas alegrías». Hay que hablar a los hombres —decía Lewis— de Belleza, Perfección, Alegría para que entiendan qué quiere decir *Paráíso*. Y lo hizo *contando historias*, por-

que sabía que a veces se puede enseñar más por medio de la ficción que del debate. En el capítulo segundo Howard afirma: «A veces el arte no sólo refleja una experiencia, sino que tiene que despertar a su generación diciendo: ¡Te has equivocado de dirección!, ¡aquí está el mundo que habías olvidado!».

Sus libros de ficción nos ayudan a descubrir el mundo real. Es un mundo hecho por Alguien de una forma muy bella, «no hay valle, ni mar, ni bosque, ni criatura que no refleje el poder de esta gloria». Rige el mundo un orden moral sereno, lleno de resplandor; un orden que no atenta contra la libertad de las criaturas sino que, por el contrario, es el que garantiza la libertad: todas las criaturas encuentran su verdadera identidad y su libertad en esa escala jerárquica.

El mal aparece, igual que en el Génesis, como fruto del fraude y del engaño; es una miopía del espíritu que hace a los hombres simples, infantiles, centrados en sí mismos, y su resultado final es hacer de la vida algo inútil y absurdo. El infierno, además de otras cosas es aburrido, «un tedio insondable para siempre».

Lewis mezcla en su fantasía elementos de la vida ordinaria para que «el escapar del silencio de nuestro propio mundo a la claridad y luminosidad de otro pueda ayudarnos a encontrarnos cara a cara con nuestra propia historia, sólo que con una luz clara y con nítidos colores». Como decía Chesterton al

animarnos a contemplar el mundo con la visión que nos dan los cuentos de hadas, «estos cuentos dicen que las manzanas son de oro, sólo para recordarnos el fugaz instante en que descubrimos que eran vegetales».

En su obra *Crítica literaria, un experimento*, C.S. Lewis advierte de los peligros de un fiarse excesivamente de las críticas literarias y recomienda vivamente que no lleguen a sustituir la relación lector-texto: «No necesitamos a los críticos para disfrutar con los autores, sino a la inversa. Normalmente, la crítica arroja una luz retrospectiva sobre lo que ya hemos leído. A veces puede corregir algunas exageraciones u omisiones de esa lectura, contribuyendo así a mejorar una relectura ulterior». La función del crítico no consistiría, por lo tanto, en imponer su juicio a los demás, sino «en saber quitarse del camino y dejar que la humanidad decida».

Y esto es lo que consigue el autor de este ensayo: hace una crítica literaria de las obras de ficción de Lewis de un modo que seguramente aprobaría el propio Lewis. Howard proporciona con su libro nuevos puntos de vista y muestra aspectos de la obra de Lewis que sin su ayuda seguramente no apreciaríamos. Como dice P. Kreeft en la presentación, «asume la ardua tarea de hacer explícito en su libro lo que está implícito en la obra de ficción de Lewis».

M^a D. Odero

